

Obituario

Vicente Honrubia

por Carlos Suárez Nieto

Perfil humano y profesional de un maestro y amigo

Hace unos días tuvo lugar en Los Ángeles un emotivo acto de despedida a Vicente Honrubia, fallecido el pasado 10 de junio. En él resonaron vibrantes las palabras de familiares y allegados que glosaron su personalidad, trayectoria y recuerdos personales. También se escucharon canciones o fragmentos musicales que en vida le habían conmovido, incluido un pasodoble. Y flores, muchas flores, que a Vicente le agradaban, pero no en forma de las lúgubres coronas, que tanto aherrojan y ensombrecen el ánimo, sino etéreas y libres. Presidiéndolo todo, el túmulo en el que estaban contenidos sus restos mortales, sobre el que campeaba el balón oficial del Mundial de fútbol, que poco antes había arrancado en Los Ángeles. Y al final se soltaron doce palomas.



Vicente Honrubia, con chandal y gorro amarillo, instruyendo al equipo de chicos de 15 años.

El fútbol era una de las pasiones de Vicente Honrubia, ferviente seguidor del Real Madrid, a la vez que peregrino en un sinfín de campeonatos mundiales. Su afición no se quedaba en el papel de mero espectador pasivo, sino que se extendía a los aspectos técnicos y tácticos del juego, para cuya

transmisión estaba habilitado por la posesión del título oficial de entrenador, obtenido tras unos cursos en los que participó como docente Franz Beckenbauer en la época en que jugaba en el Cosmos de Nueva York. Naturalmente, de poco serviría un título si no se tuviera un equipo al que entrenar. Y ese equipo fue fundado por él con el nombre de Real Madrid de Los Ángeles, que participaba en diversas categorías de alevines, infantiles y juveniles, uno de cuyos equipos entrenaba él personalmente dos días a la semana a partir de la siete de la tarde en que salía de la Universidad. Los componentes del mismo eran mayoritariamente niños latinoamericanos, siendo el fútbol una de las herramientas que utilizaba Vicente para inculcar valores de superación e integrar a los inmigrantes. Con él compartí muchas sesiones de entrenamiento y el partido de los sábados. Esta labor de integración del foráneo se extendía a la Universidad como miembro del comité de selección para la admisión de alumnos en la UCLA School of Medicine, así como por su actividad de mentor de estudiantes latinos. Su esposa, Dynia, portorriqueña nacida en Nueva York y de formación profesora de enseñanza primaria, desarrollaba también una intensa labor educativa en régimen de voluntariado en escuelas de zonas deprimidas de Los Ángeles, fundamentalmente constituidas por emigrantes de México y Centroamérica. Por ello, la concesión del Hispanic Health Leadership Award le resultó a Vicente extremadamente gratificante.

Vicente Honrubia se graduó en Medicina en la Universidad de Valencia en 1957, realizando la especialidad de Otorrinolaringología en el Hospital Clínico de la misma ciudad. Después de leer su tesis en Valencia, pasó alrededor de un año como becario postdoctoral en la Universidad Complutense, desde donde se desplazó para trabajar en neurofisiología vestibular en la University of Chicago con César Fernández, con el que permaneció dos años. Posteriormente, se trasladó en 1962 al Instituto Rockefeller de Nueva York como investigador postdoctoral, y pronto miembro asociado del Instituto, bajo la dirección de Lorente de Nó, discípulo de Ramón y Cajal y varias veces candidato al Premio Nobel, con quien permaneció hasta 1966. En estos años colaboró en 20 trabajos científicos, entre ellos la famosa serie de 12 artículos sobre la conducción decremental que, con el título de *Theory of the flow of action currents in isolated myelinated nerve fibers*, fueron publicados en los prestigiosos Proceedings of the National Academy of Sciences (PNAS).

Con un bagaje científico impresionante regresó a la cátedra de Fisiología de la Universidad Complutense de donde había salido seis años antes, a la vez que con el equipamiento necesario para realizar registros de los potenciales intraneuronales, pagado con su propio peculio. En Madrid permaneció unos pocos meses, casualmente en el mismo edificio de apartamentos donde yo me asentaría poco más de 3 años después, pues quien había sido su mentor se convirtió en un feroz competidor que quería apropiarse de su trabajo y del equipamiento que había traído de EEUU, por lo que a toda prisa tuvo que

retornar a ese país al haber sido denunciado por él a la temible policía político-social de entonces de ser miembro del Partido Comunista (nunca militó en el mismo, pero era marcadamente de izquierdas) y de sustraer un equipamiento que en realidad era suyo. En una época de guerra fría, donde en Estados Unidos aún se vivía la resaca del macartismo, estas acusaciones le impidieron durante meses encontrar trabajo, hasta que los buenos oficios de Severo Ochoa, Lorente de Nó y un importante empresario portorriqueño levantaron el veto que sobre él pesaba. Así, a finales de 1966 Vicente Honrubia se mudó al Departamento de Otorrinolaringología, dirigido por Paul Ward en la Vanderbilt University de Nashville, y en 1968 se trasladó junto con Paul Ward y parte del equipo a la UCLA School of Medicine de Los Ángeles como Director of Research de la Division of Otolaryngology-Head & Neck Surgery, donde, a partir de 1990, recibió el nombramiento de director del Victor Goodhill Ear Research Center de la UCLA School of Medicine. La consecuencia directa de los acontecimientos vividos en Madrid fue un profundo resquemor que le mantuvo 18 años alejado de España, a donde retornó en 1982 para recibir el nombramiento de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Valencia. Cuando a finales de 1983 llegué a Los Ángeles y durante todo el tiempo que duró mi primera estancia allí, la situación de España era un tema recurrente de conversación entre nosotros, ya que tenía una visión bastante distorsionada de los cambios que estaban ocurriendo y que poco a poco fue asimilando. Pese a ello, nunca perdió la nacionalidad española, aunque en una etapa ya tardía, cuando no tuvo más remedio para acceder al más alto grado del profesorado, adoptó la nacionalidad norteamericana, pero sin perder la española.



Tijuana (México) en 1984. En la foto Vicente y Dynia Honrubia, su hijo Vincent y novia, Jaime Marco y hermano, y el autor.

La sociedad norteamericana es bastante diferente a la española. Por regla general la gente es amable pero un tanto encerrada en sí misma. En el trabajo la colaboración es mayor que aquí, pero fuera de él no son muy dados a las relaciones sociales. Así que no tiene nada de extrañar que los extranjeros se agrupen por afinidades idiomáticas o de culturas próximas. De esta forma, la gran mayoría de los sábados Vicente y yo, con nuestras respectivas esposas, salíamos a cenar a alguno de los restaurantes representativos de la enorme gama de gastronomías foráneas que allí había, llegando a degustar incluso algunas tan exóticas como la etíope.

Aunque para aquel entonces ya había visitado muchos de los más relevantes hospitales europeos, no eran en su magnitud parangonables con el Center for the Health Sciences de la University of California Los Angeles, muy particularmente en los inmensos centros y laboratorios de investigación adscritos, que era a lo que iba a consagrar mi estancia en las dos ocasiones que estuve allí trabajando, de las que en la primera tuve la fortuna de coincidir con Jaime Marco, quien también conservó una imperecedera relación con Vicente Honrubia.

La línea de investigación del Departamento se centraba en todo lo relativo a la investigación básica y translacional de los sistemas vestibular y auditivo y su interacción con el sistema visual. Para ello disponía de diversos laboratorios: anatomía patológica del hueso temporal, audiología experimental, microscopía electrónica, morfología, neurofisiología, etc., cada uno de los cuales tenía al frente expertos de muy alto nivel. Uno de las líneas más importantes era el estudio de los reflejos vestibulares y los movimientos oculares, tanto en animales de experimentación como en humanos, con la finalidad de crear una batería de pruebas para la evaluación clínica de pacientes con vértigo. A tal efecto, se contaba con ingenieros que diseñaban sistemas de registro que más tarde fueron comercializados por Nicolet y se extendieron por todo el mundo. En la parte clínica, a la que dedicaba un día a la semana, Vicente Honrubia formaba tándem con Robert Baloh, director del Departamento de Neurología. Una de las cosas que más me llamaron la atención en aquellos ya lejanos tiempos fue la intensísima colaboración interdisciplinar con otros laboratorios de ciencias básicas y servicios clínicos relacionados con las investigaciones realizadas sobre el sistema vestibular.

Por este laboratorio pasaron muchos de quienes en EE UU han alcanzado un amplio reconocimiento internacional en el campo de la Otoneurología y la investigación básica vestibular, además de un gran número de extranjeros de todas las latitudes, entre ellos residentes de mi servicio como Juan Pablo Rodrigo, Justo Gómez, Juan Carlos Álvarez Méndez y Celso Díaz, que realizaron allí parte de sus tesis doctorales.



Getty Center de Los Ángeles en 2005. En la foto Vicente Honrubia, Primi Ortega, Luis Gil-Carcedo, Dynia, Carmen y el autor.

Lorente de Nó ejerció una profunda influencia sobre Vicente Honrubia, que cuando Lorente se jubiló en el Rockefeller Institute lo llevó a Los Ángeles como profesor emérito. Ambos compartían una mentalidad analítica muy rigurosa, una gran vehemencia para exponer y defender sus postulados y una capacidad dialéctica que los hacía temibles como adversarios. No obstante, una vez que te había sometido a un tercer grado sobre la exactitud y trazabilidad de los resultados de la investigación que habías hecho, aflojaba el nudo y le salía una sonrisa franca para confesar que el trabajo estaba bien ejecutado. Aunque al cabo de unos años cambié la línea de investigación del sistema vestibular por la del cáncer debido a que mi dedicación clínica estaba enfocada fundamentalmente a este último campo y por las mayores facilidades para crear en torno a esta área de conocimiento un laboratorio de investigación dotado de personal con dedicación a tiempo completo, mi estancia en Los Ángeles fue un hito absolutamente fundamental en mi desarrollo científico y profesional.

A partir de finales de los años 80, Vicente Honrubia empezó a viajar cada vez con mayor frecuencia a España, ya fuera por motivos profesionales, familiares (un hermano suyo era jefe de servicio y catedrático de Oftalmología en Zaragoza y otro economista en Valencia) o de ocio, siendo muy numerosos los colegas con los que estableció relaciones de amistad, entre los que quiero citar especialmente a Primi Ortega. Fue nombrado socio de honor de la SEORL-CCC y participó en un buen número de congresos y cursos a lo largo de toda la geografía española.



Último viaje a España de Vicente Honrubia en diciembre de 2014. En la foto con Primi Ortega, Pepe Martínez Vidal, el autor y las respectivas esposas en Madrid.

Su trayectoria científica se condensa en los más de 300 artículos y cuatro libros que publicó. En Estados Unidos una medida de la autoridad y reconocimiento de un científico viene dada por su pertenencia a comités asesores federales. En este aspecto, Vicente Honrubia fue miembro de varios, tales como el “National Strategic Research Plan”, la NASA, el “National Institute on Deafness and Other Communication Disorders” (NIDCD) (parte de los “National Institutes of Health”) (NIH), el “Board of Scientific Counselors for NIDCD/NIH”, etc. Como ya se ha citado anteriormente a propósito de otros reconocimientos, también recibió el “Shambaugh Prize in Otology for outstanding scientific contributions to vestibular research”, y en 2007 el “UCLA Medical Alumni Association Award of Extraordinary Merit”. Este es un prestigioso premio otorgado por la Asociación de Exalumnos de Medicina de UCLA que reconoce a profesores cuyas contribuciones a lo largo de muchos años han representado un beneficio excepcionalmente importante para la UCLA School of Medicine, entregándose cada año a un solo científico (o incluso puede quedar vacante). El galardón evalúa una trayectoria de excelencia basada en el impacto institucional, el prestigio científico y el liderazgo.

Vicente Honrubia se ha ido a los 92 años de edad, dejando una viuda, dos hijos (Vincent y Dynio, otorrino y neonatólogo, respectivamente, que ejercen

en Texas), 7 nietos, una biznieta e infinidad de discípulos y amigos. Su paso por la vida queda dimensionado por la generosidad con que trató a quienes a él se acercaron y su contribución a mejorar la ciencia y la sociedad en la que se insertó. El mundo sería mucho más habitable si abundaran más las personas con sus capacidades y desinterés. Se ha ido, pero deja un camino trazado.